

ACERCA DEL FIN DE LAS IDEOLOGÍAS EN LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES AVANZADAS (*)

Siempre que se enumeran los caracteres principales de las sociedades industriales avanzadas, uno de los que se suelen considerar como más importantes es el del fin de la ideología, que acompaña a algunos otros, como el crecimiento del sector de servicios, el aumento del número de empleados en relación con los trabajadores manuales, la importancia alcanzada por la ciencia y la tecnología como el «cuarto» medio de producción, etc. El fenómeno parece tan evidente que hoy se acepta ya como parte del saber político convencional que, donde quiera que encontremos una sociedad industrial avanzada, habremos de observar cómo, fatalmente, la ideología va muriendo poco a poco. Con todo, si examinamos la cuestión algo más de cerca veremos que no es tan sencilla como parece en un principio. En este artículo nos proponemos demostrar que la ideología (o, mejor dicho, las ideologías) no está desapareciendo en las sociedades industriales avanzadas y que, por su carácter erróneo en cuanto al concepto mismo de ideología, la teoría del fin de las ideologías es ideológica en sí misma y, en concreto, constituye parte de la ideología legitimadora del industrialismo avanzado. Con el fin de probar esta afirmación, hemos de averiguar en primer lugar cuáles sean los caracteres que permiten hablar del fin de las ideologías en las sociedades industriales avanzadas desde un punto de vista político y, en segundo lugar, hemos de tratar de definir el concepto subyacente de ideología en la teoría del fin de las ideologías y de compararlo con el concepto que se viene utilizando en la polémica actual entre las corrientes positivistas y la hermenéutica.

La concepción del fin de la ideología en las sociedades industriales avanzadas está apoyada en el hecho probable de que, debido a un exceso de uso en todos los órdenes de la vida política, la ideología tiene un significado muy nebuloso y, en consecuencia, cada vez quiere decir menos. No obstante, en lo

(*) Una redacción anterior de este artículo se presentó en el departamento de Ciencia Política de la Universidad de Lancaster, como parte de un curso de post-graduado, bajo los auspicios de la Fundación Juan March.

referente a la política en las sociedades industriales avanzadas, la teoría, por lo general, basa su edificio en los siguientes fenómenos (que, por razones de espacio, se han de simplificar aquí):

1) En las sociedades industriales avanzadas los conflictos políticos se resuelven de un modo «no-violento», y hoy existe ya una clara tendencia hacia las soluciones de compromiso y los acuerdos entre los partidos, grupos y facciones políticos opuestos.

2) Los partidos políticos de la izquierda cada vez se identifican menos con el propósito (del que se supone que es ideológico) de derribar por medios revolucionarios el orden existente (por regla general, en las sociedades industriales avanzadas se trata del orden democrático-liberal). Por otro lado, los partidos de la extrema derecha, con una fuerte tradición decimonónica de conservadurismo militante, o se van «modernizando» o están en vías de desaparición.

3) En consecuencia, las actitudes políticas centristas cada vez ganan más terreno y los partidos políticos no son hoy tan diferentes como solían serlo en el pasado y, en definitiva, va careciendo de importancia qué partido accede al poder por medio de elecciones. Prueba de todo esto es la proliferación de coaliciones en las sociedades industriales avanzadas (Italia, Francia, Alemania Federal) o la persistencia del sistema bipartidista (Gran Bretaña y Estados Unidos de América).

4) Debido a todo ello, cada vez aumenta más la apatía política en las sociedades industriales avanzadas. La gente se desinteresa de los asuntos políticos «graves», confiando su solución a maquinarias burocrático-estatales cada vez más perfeccionadas, y, en cambio, se va interesando más y más en asuntos cotidianos, como los problemas de la región, la inflación, el paro o las vacaciones. El gobierno de los hombres va siendo progresivamente sustituido por la administración de las cosas.

Es fácil observar que, de todas estas afirmaciones, la primera no es cierta, la segunda no es nueva, la tercera no es importante y la cuarta es un eufemismo.

En cuanto a los conflictos políticos, las sociedades industriales avanzadas los padecen y de carácter violento. Por supuesto, siempre puede decirse que los estudiantes americanos, alemanes y japoneses de los años 1960 a 1970 y los franceses de 1968 eran minorías radicales, no representativas del carácter verdadero de las sociedades industriales avanzadas; pero esta actitud reve-

laría un compromiso ideológico. Si tomamos como ejemplo la Convención de Chicago del partido democrático en 1968 como un acontecimiento político, algunas personas pensarán que lo más importante fue la Convención en sí misma, mientras que otras dirán que los acontecimientos que tuvieron lugar fuera de ella, el intento de interrupción, la violencia subsiguiente, la represión y los procesos posteriores son más ilustrativos del auténtico carácter del orden democrático-liberal. El análisis político puede limitarse al funcionamiento del sistema y no necesita tomar noticia de las actitudes que rechazan los canales legales de la participación política (todo tipo de oposición extraparlamentaria que, cada día, es más importante), pero, al hacerlo, se convierte en una ideología, en una elaboración apologética del sistema como tal y en un fiel reflejo de las realidades oficiales.

En cuanto a los partidos políticos de la izquierda, la tendencia hacia el reformismo (o hacia una «actitud más pragmática»), como se dice en la teoría del fin de las ideologías) y coparticipación en el manejo del sistema político no es ni nueva ni privativa de las sociedades industriales avanzadas. De hecho, el reformismo en los partidos de izquierda se da en todo el mundo y, en algunos casos, es tan antiguo como los propios partidos (como en el caso de los Fabianos ingleses). En los primeros años del siglo XX, en la polémica acerca de los fines del movimiento en el socialismo alemán, Berstein apremiaba al partido para que confesara en la teoría lo que, de todas formas, ya era en la práctica: un movimiento reformista, dispuesto a participar en un Gobierno compuesto de *junkers* prusianos y barones de la industria; y si los revisionistas alemanes todavía tropezaban con la inercia, ya que no la enemiga, de Kaustsky y su círculo, los franceses se movían con mayor libertad y fueron los primeros en enviar miembros del partido socialista a compartir las responsabilidades del Gobierno en la república burguesa antes de la primera guerra mundial, dando, con ello, el nombre a este movimiento reformista —millerandismo, de Millerand—. Se puede argumentar que, a pesar de esto, inmediatamente después de la primera guerra mundial se dio el cisma comunista en la internacional socialista y que los comunistas heredaron el *penchant* socialista del siglo XIX por la ideología, mientras que los comunistas de hoy parecen haber olvidado todo compromiso ideológico. No obstante, aunque han perdido casi todo su *élan* revolucionario (no su ideología), no puede decirse que los comunistas en las sociedades industriales avanzadas estén tan interesados en el mantenimiento del sistema liberal burgués como lo están los socialistas y los socialdemócratas. Por otro lado, si los comunistas han ido suavizando el tono de sus programas políticos, en los últimos años se ha visto una resurrección de diversos grupos políticos de extrema izquierda, maoístas, varias clases de trotskistas, castristas, guevaristas, etc., que

han venido a ocupar el lugar que los comunistas habían dejado vacante en el espectro político. Se puede decir que estos grupos son una minoría (aunque el número de votos a favor de Krivine en las elecciones presidenciales francesas de 1974 no es despreciable), pero también lo eran las fracciones leninistas en los años de 1918 a 1921, época considerada muy ideológica.

En cuanto al hecho de que los partidos políticos cada vez se parezcan más, el centro político vaya creciendo en importancia y cada vez se den más coaliciones, puede decirse que —mientras gobiernan sin miedo excesivo a los desafíos abiertos— los partidos políticos burgueses son siempre muy similares, en correspondencia con una clase que no es tan homogénea como el estamento de la nobleza feudal ni tan variada como las clases trabajadoras. La alternancia de partidos en los regímenes liberales burgueses es un rasgo de la vida política del siglo XIX y no tiene nada que ver con el fin de las ideologías. De hecho, como trataremos de mostrar más adelante, la ideología no es lo mismo que el radicalismo político y, en consecuencia, la moderación, el centrismo, etc., no son garantías de una posición no-ideológica. Por el contrario, muchas de las tendencias llamadas «moderadas» tienen un contenido muy ideológico.

La apatía política, la falta de interés en los asuntos políticos «graves» se puede considerar como el fin del compromiso político (que tampoco supone el fin de las ideologías, sino, probablemente, el triunfo de la ideología del conformismo) o como el resultado de la manipulación ideológica total.

Si los fundamentos principales de la teoría del fin de las ideologías no son ciertos en un sentido directo, aun lo son menos en otro indirecto, puesto que nada tienen que ver con el concepto real de ideología, sino con otra concepción que trataremos de exponer aquí. En realidad es bastante difícil averiguar qué es lo que la teoría del fin de la ideología considera como ideología. Horkheimer estaba en lo cierto cuando, hablando de la concepción de la ideología, escribió: «Puede decirse que su perfil teórico es difuso, puesto que detrás de la concepción general ya sólo oscila un vago recuerdo del concepto teórico en el que el sentido vacío de hoy ha adquirido su significado» (1).

No obstante, podemos hacer un intento de averiguar cuál es el significado de la ideología en la teoría del fin de las ideologías, por medio de un proceso inductivo. En una mesa redonda acerca de la «retención de las minorías alienadas dentro de la corriente política» (en la cual se consideraba que las minorías alienadas eran las de los negros, la juventud de la clase media alta, los blancos de las clases medias bajas y la derecha anticomunista), Lodge

(1) MAX HORKHEIMER: «Ideologie und Handeln», en ADORNO, HORKHEIMER, MARCUSE: *Kritische Theorie der Gesellschaft*, vol. IV, pág. 164.

decía: «Estoy hablando del conflicto entre lo que es fundamentalmente pragmático y lo que es ideológico. Quizá más que ningún otro sistema político en el mundo, el americano ha resultado fuerte y viable debido a su pragmatismo y al carácter de consentimiento de los dos partidos y a la forma ingeniosa en que ha respondido a las crisis, etc.» (2). Encontramos aquí una de las creencias fundamentales de esta teoría: la de que la ideología, entre otras cosas, es lo opuesto de pragmatismo. Que ello no es cierto y que la descripción que Lodge hace del éxito del sistema político americano es, precisamente, ideológica, se puede ver con facilidad comparando los Estados Unidos con otro país donde el pragmatismo, el consentimiento, los dos partidos, etcétera, han conducido a la catástrofe, esto es, Uruguay. Al exponer su tesis, Lodge se olvida de mencionar el poder económico y militar y el imperialismo como fundamentos del éxito del sistema político americano y, como trataremos de mostrar más adelante, esta capacidad de atribuir hechos a causas irreales y de olvidar u ocultar las reales es, precisamente, el meollo de la ideología, con o sin radicalismo.

El teórico que, con mayor amplitud, ha elaborado la tesis del fin de las ideologías, Daniel Bell, es también el que, con mayor exactitud, define esta concepción. Para él, una ideología «total» (tomando prestada de Mannheim la distinción entre ideologías «totales» y «particulares») es un «sistema de la realidad comprensiva que todo lo incluye, es un conjunto de creencias, infundidas de pasión, que trata de transformar todo un modo de vida. Este compromiso con la ideología —el anhelo de una "causa" o la satisfacción de sentimientos morales profundos— no es necesariamente el reflejo de intereses en la forma de ideas. Ideología en este sentido y en el sentido en que aquí la utilizamos, es una religión secular» (3). Si consideramos atentamente esta definición hemos de ver que, afirmando la tradición teórica, Bell la destruye y falsifica el concepto de ideología. Si la ideología «no es necesariamente el reflejo de intereses en la forma de ideas», toda la tradición de la crítica de la ideología desaparece en un momento (puesto que esta tradición siempre ha vinculado la ideología con la situación social) y cabe preguntarse, entonces, de dónde, de acuerdo con Bell, procede la ideología. Si seguimos su línea de argumentación, habremos de ver que da una definición arbitraria de la ideología que, liberando a las clases dominantes de la acusación de manipulación, se puede utilizar para rechazar como «ideológica» cualquier actitud política con la que el sistema no coincida. «Se puede decir, de hecho,

(2) JOHN G. WOFFORD: «Retaining Alienated Minorities in the Political Mainstream», en HARVEY S. PERLOFF (Ed.): *The Future of US Government*, Englewood Cliffs, 1972, pág. 112.

(3) DANIEL BELL: *The End of Ideology*, New York, 1962, págs. 399-400.

que la función más importante, latente, de la ideología es servir de válvula de escape para la emoción» (4). Bell también traza una distinción entre «intelectuales» y «eruditos» que es, por no decir otra cosa, desafortunada. «El erudito tiene un campo de conocimiento acotado, una tradición, y busca su lugar en ella, añadiendo al conocimiento acumulado y comprobado del pasado, como si fuera un mosaico. El erudito *qua* erudito está menos preocupado con su Yo. El intelectual comienza en *su* experiencia, *su* percepción individual del mundo, *sus* privilegios y penurias, y juzga el mundo de acuerdo con estos sentimientos» (5). Esta visión idealizada del conocimiento académico (que, dicho sea de pasada, el propio Bell podría poner en práctica, continuando el conocimiento académico de la crítica de la ideología, que él conoce bien y sigue desde sus orígenes en De Tracy, a través de la Ilustración, hasta la sociología del conocimiento de Mannheim) no solamente es muy dudosa, sino que también resulta ideológica en sí misma, ya que no solamente esconde arbitrariamente a la persona tras las etiquetas de «erudito» o «intelectual» (sería muy difícil para Bell tratar de adjudicar una de ellas a personalidades como Sartre, Camus, Nizan, Weiss, etc.), sino que también elimina la relevancia social del conocimiento que se está elaborando.

Como podemos ver, de acuerdo con esta actitud, ideología parece ser más bien un estado de espíritu que un conjunto de ideas, más bien una pasión que un pensamiento; la ideología es lógicamente incongruente y políticamente radical. Esto es, se puede suponer que, debido a la ruptura con la antigua tradición de la crítica de la ideología, Bell trata de identificar —como hacen muchos de sus seguidores— ideología con irracionalismo y con un irracionalismo político y radical. A qué lado del radicalismo se refiere está claro cuando consideramos las razones por las cuales la ideología está desapareciendo: dos tipos de factores han tenido importancia en este proceso: de un lado, «los procesos de Moscú, el pacto germano-soviético, los campos de concentración, la supresión de los trabajadores húngaros»; por otro, «cambios sociales como la modificación del capitalismo, el surgimiento del Estado del bienestar» (6). Para Bell, pues, las únicas ideologías son las radicales de izquierda. En Bell encontramos elaborados los rasgos a los que ya hicimos alusión al comienzo de este trabajo; Bell es la cristalización pura de la ideología burguesa que termina por creerse lo que dice de sí misma. Adorno ya había visto la función de este tipo de ideología en las sociedades industriales avanzadas: «Cuando, tomando como origen el intervencionismo estatal y la pla-

(4) *Ibid.*, pág. 400.

(5) *Ibid.*, pág. 402.

(6) *Ibid.*, pág. 402.

nificación del Estado, se dice que el capitalismo tardío ha evitado la anarquía en la producción y, en este sentido, ya no es capitalismo, se debe contestar que el destino social del individuo sigue siendo tan inimportante como siempre (...). Ya en Marx la crítica de la ideología tenía la tarea de desvelar en qué escasa medida la autoconcepción de la sociedad burguesa equivalía a la realidad» (7).

De hecho, la polémica acerca de la crítica de la ideología viene arrastrándose desde hace bastante tiempo dentro de la discusión entre el positivismo y la hermenéutica. Mucho antes, la crítica de la ideología era ya una piedra angular en la sociología del conocimiento de Karl Mannheim. Basta con repasar su libro para encontrar una definición elaborada de la concepción de ideología, como, por ejemplo, cuando señala el carácter social y económico de las ideologías: «El concepto de "ideología" refleja el descubrimiento que surgió del conflicto político, esto es, que los grupos dominantes pueden llegar a estar tan condicionados por sus intereses en su pensamiento que ya no pueden ver ciertos hechos que han de minar su sentido de la dominación. Implícita en la palabra "ideología" se da la consideración de que, en ciertas situaciones, el inconsciente colectivo de cierto grupo *oscurece la situación real de la sociedad para él y para los demás y, de este modo, lo estabiliza*» (8). Esta concepción continúa la tradición de la crítica de la ideología y se relaciona con la famosa tesis de que no es la conciencia de los hombres la que determina su ser social, sino su ser social el que determina su conciencia. Contra esto, la teoría del fin de las ideologías trata de separar la ideología de su base social, transformándola en un afecto extraño que se atribuye a todos los oponentes del sistema político y trivializando la teoría, trata de legitimar este sistema político como no-ideológico, incluso como el sistema racional *per se*. Carecemos de espacio aquí para examinar la controversia acerca de la crítica de la ideología, pero bastará con recordar que, aunque se trata de una polémica muy agria, al menos existe un acuerdo general acerca de lo que ideología significa. Así, por ejemplo, Hans Albert da la siguiente concepción de la función de la ideología: «La función de las ideologías no consiste en explicar ciertos acontecimientos, sino en justificarlos, no en la predicción de las consecuencias concretas de las acciones, sino en las predecisiones de las acciones, no en la descripción de los fenómenos, sino en su valuación» (9). Para él, las proposiciones ideológicas son «proposiciones:

(7) THEODOR W. ADORNO: *Aufsätze zur Gesellschaftstheorie und Methodologie*, Frankfurt, 1970, pág. 164.

(8) KARL MANNHEIM: *Ideology and Utopia*, London, 1966, pág. 30.

(9) HANS ALBERT: «Theorie und Prognose in den Sozialwissenschaften», en ERNST TOPITSCH: *Logik der Sozialwissenschaften*, Colonia-Berlín, 1971, pág. 127.

seudoobjetivas de naturaleza criptonormativa, de las cuales sólo se pueden obtener consecuencias programáticas, pero no pronósticos» (10).

En realidad, la ideología implica un nivel objetivo, un conjunto de valores y creencias compartido por seres humanos en una situación social, económica y política semejante. La ideología tiene una clara raíz de clase y se compone de la visión que una clase social tiene de sí misma y la que tiene de las otras clases sociales. En este sentido, pues, la ideología tiene una clara función de cohesión en la sociedad, y en una sociedad dividida en clases, la ideología dominante habrá de ser la ideología de la clase dominante. Como dice Poulantzas: «Se ha de comprender, en este sentido, que la estructura —la unidad— de la ideología dominante no se puede descifrar a partir de sus relaciones con una conciencia de clase-concepción del mundo, en una cámara cerrada, sino a partir de la unidad del campo de la lucha de clases, es decir, a partir de la relación concreta de las clases diversas en lucha en cuyo interior funciona la lucha de clases» (11). También Poulantzas ha señalado el carácter ideológico de la teoría del fin de las ideologías: «Las ideologías jurídico-políticas burguesas ocultan su aspecto de clase de un modo particular. Ello lleva a un carácter muy notable: esta ocultación se da a través del hecho de que tales ideologías se presentan explícitamente como una ciencia. A pesar de los análisis superficiales en este campo, se puede ver que, de hecho, el tema del «fin de las ideologías» —expresión actual— es el terreno teórico de todas estas ideologías» (12).

RAMÓN GARCÍA COTARELO

(10) HANS ALBERT, *Ibid.*, pág. 135.

(11) NICOS POULANTZAS: *Pouvoir politique et classes sociales*, vol. II, París, 1971, página 30.

(12) *Ibid.*, pág. 38.